

Los Contem pora neos

LA NEUROSIS, HIJO MÍO, LA NEUROSIS...

El muchacho vino del colegio con una nueva gravedad en el semblante. Había terminado el trimestre con unas charlas coloquiales sobre algunos temas profundos. Lo que antes se llamaban ejercicios espirituales. (La sociedad no cambia; cambian las palabras, la nomenclatura).

—Padre —dijo—: un psicólogo nos ha explicado los síntomas de la neurosis.

Hizo una pausa. Luego:

—Los tengo todos.

El padre sintió cómo le invadía la emoción. Unas lágrimas le acudieron a los ojos. Abrió los trémulos brazos:

—¡Hijo mío, qué alegría me das! ¡Ya eres un hombre!

—Bueno, quizá, no todos... El mal humor continuo, por ejemplo, me falta...

—¡Ya lo tendrás! No te preocupes, hijo mío, no pasará mucho tiempo sin que te invada esa gran sensación del adulto contemporáneo, el mal humor perpetuo... «Sin motivo» te habrán dicho, ¿verdad? No hagas caso, hijo. El mal humor contemporáneo, el exquisito y hondo cabreo español, palabra que tiene escasa traducción a otros idiomas, pero que en todos existe más o menos, aunque no con la riqueza española, tiene un gran motivo: todo. Es una defensa. Cuando empieces a sentir el mal humor orgánico, de dentro afuera, más nacido en el estómago que en el cerebro, el cabreo visceral, intestinal, hepático, renal, el cabreo respiratorio, tu neurosis se habrá completado. Si escuchas a todo el mundo con desconfianza y piensas que tratan de engañarte con algún propósito, o mejor aún, sin ningún propósito; si en cada palabra de amistad ves la intención de engañarte, y en cada palabra de amor la de lucrarse de ti, a la corta o la larga; si en cada kilo sospechas que hay novecientos gramos; si en cada

bocanada de tabaco adivinas la presencia del cáncer o del enfisema, en cada copa de alcohol, un futuro *delirium tremens*, y en cada muchacha franca unas espiroquetas pálidas que te asegurarán una enfermedad venérea; si en

cada discurso político en que se habla de nuevas formas de la democracia, de participación y de apertura ves escondida una dictadura en potencia; si en cada programa de televisión ves que alguien trata de obligarte a algo, de inclinarte por un camino que le interesa a él más que a ti; si antes de tomar un alimento comienza ya a hacerte daño, porque estás seguro de que está adulterado; si tiembles de nervios cuando te sientas al volante de tu automóvil, porque por todas partes te están hablando de que la muerte te ronda en la carretera; si por las noches no duermes pensando en qué trampas te esperan el día de mañana y el día mañana no sabes qué terror te espera para el siguiente... ¡Entonces serás un hombre, hijo mío!

Hubo un difícil silencio.

—Pero quizá todos esos falsos sentimientos, acudiendo a tiempo a un buen psiquiatra de la escuela de López Ibor, o un buen consejero espiritual...

—¡Pero si no son falsos sentimientos! Todos ellos son verdad, y la neurosis es lo que nos permite reconocerlos... y defendernos de ellos, adecuarnos a la vida real...

El hijo se alejó con una dulce sonrisa de asentimiento. Pensaba que tendría que avisar urgentemente a un psiquiatra. Quizá, más adelante, encerrar a aquel noble ser que de tal manera había sido vencido por el enemigo. Mientras, el inocente padre aún conservaba la emoción de ver a su hijo ¡como él mismo!

Y es que nunca se sabe con quién se está hablando.

POZUELO

